

CARTA SOBRE LOS TOROS
A GASTON DOUMERGUE
PRESIDENTE DE LA REPUBLICA FRANCESA



Señor Presidente:

A usted debemos las corridas de toros con muerte en el Mediodía de Francia. Aunque ya habían entrado, hacía medio siglo, en las tradiciones del pueblo meridional—en lo profundo le pertenecían desde sus orígenes—, se nombró en el año 1900 una comisión parlamentaria para que dictaminase sobre ellas. Usted solo, en contra de la comisión entera, logró hacer que triunfara la fe. Cuánto me complace aquella frase que usted dijo a sus adversarios, y que suena al triste acento de Séneca: **Se comprende que los hombres tengan pocos amigos cuando los animales tienen tantos.**

Quizá se acuerde usted aún de otra frase: **Las corridas de toros han contribuido y no poco a mantener el vigor de la nación española.** Pero, indudablemente, Juan Jacobo Rousseau, que la escribió (en el Gobierno de Polonia), será también un bruto inhumano, un sostén de la regresión.

Ha nacido usted, se ha criado usted en la religión del toro. En Nimes la violenta (esa Roma de las Galias, el arco de Augusto, el circo, donde se luchaba con los cornúpetas en tiempo de Suetonio), las piedras tienen esculpidas la bestia mágica. He visto a veinte mil almas, en la plaza, aclamando al Sol al salir de entre las nubes. Si no con su inteligencia, con sus entrañas, sabían que desde hace treinta siglos adoran al Sol y al toro, que es un signo solar. "En el Mediodía taurino de Francia la pasión de los toros tiene raíces aún más hondas que en la misma España." Para haber dicho esto, que es tan exacto, aunque sorprenda a los profanos, hay que haber ponderado ese amor en sí mismo.

¡Qué delicia sería hablar en su despacho del Elíseo, entre una biblioteca y un jardín, de toros y nada más que de toros, Dios mío! Usted mismo me lo contaría: cuando siendo muchacho su padre le llevaba a la corrida del pueblo y tenía la coquetería de pasar, ya empezada la corrida, por el "plan", donde estaba el toro suelto. Le llevaba a usted cogido de la muñeca; pero, sin embargo, usted se sentía muy contento de que el toro estuviese al otro lado. Años más tarde, en una de esas cabalgadas en que los vaqueros de la Camarga entran a galope en el pueblo, rodeando el ganado de la corrida, un día le derribó a usted uno de los toros y, apenas incorporado, se echó usted a perseguirlos con sus camaradas de juego.

Dos diputados franceses, que estaban de paso en Córdoba cuando el entierro del gran "Lagartijo", mandaron una magnífica corona: llevaba su nombre de usted y el del señor Pams, catalán. Y era usted ministro cuando en Aguas Vivas, en una capea, bajó usted al ruedo y el toro le embistió un momento.

En la fachada de la iglesia de Caveirac, un altar taurobólico recuerda un taurobolio celebrado en Nimes en el siglo III en honor del Emperador. Yo, en honor vuestro, Presidente, querría... Pero no, estas páginas no le irán dedicadas. Le servirían de molestia. Más aún, quizá. Muchos humanitarios se jactan de haber disparado sus revólveres contra los toreros que vinieron hace treinta años a dar una corrida junto a París. La bondad es como tantos productos: la auténtica cura; la falsificada puede matar. Y tiemblo ante la idea de desencadenar contra usted un terrorismo de color rosa.

Déjeme, pues, que brinde este libro al pueblo meridional, sobre todo a las gentes del Languedoc y de la Provenza, que honran a su Dios y a su río con el mismo nombre (1). Uno de los hermanos catalanes celebrados por Mistral eleva para ellos la libación de una nueva copa: un rhyton de negra sangre en forma de testa de toro.

H E N R Y D E M O N T H E R L A N T

(1) En sus notas al "Poema del Ródano", Mistral recuerda que la palabra provenzal Rouan, una de las que sirven para designar al toro, es precisamente el nombre emblemático del gran río.

